

# EL SUDOR DEL OBRERO

Organo de la Conjunción Republicano-Socialista y de las Sociedades Obreras

La correspondencia al Director

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
J. NAVARRETE, NÚM. 44.

No se devuelven los originales

## CONTESTANDO COMENTARIOS

Un periódico local que por nada ni por nadie nos quiere reconocer beligerancia en el estadio de la prensa, pues eso sería si en sus columnas apareciera el nombre de esta modesta publicación, y decimos que eso significaría, por cuanto reconocemos que el supradicho periódico, por su vejez, por su acrisolada pulcritud, por su estabilidad de pensamiento, por su denotado saber en economías política y social, y por tantas bellas cualidades como le distingue, es el único capacitado para otorgar patente de publicación, a quien al después de detenido y minucioso examen, estime es merecedor de ello.

Así, pues, que podemos considerarnos con la nota de suspenso, desde el momento que nos dice que por un respetable señor concejal de este Ayuntamiento se ha enterado que somos ignorantes, capciosos y sistemáticos, por habernos permitido más de una vez dar nuestra opinión sobre el asunto de nuestras aguas.

No data la cuestión de ayer y, si a ello nos viéramos obligados, haríamos historia desde que el Sr. Ruiz López, siendo Alcalde, descubriera el célebre tubo ladrón que diera lugar al no menos famoso interdicto, historia que por sabida es casi olvidada.

— Ahora bien. Nosotros, los que en nuestra colección tenemos un artículo titulado «Nuestro porvenir está en las aguas», no podíamos negar ni hemos negado nunca los beneficios que para el pueblo reportara un contrato con la compañía concesionaria de aguas potables a Cádiz.

Nosotros sí, hemos dicho y repetimos, que el contrato efectuado ni ha llenado ni puede llenar nuestras aspiraciones.

Nosotros hubimos de tomar notas de las frases pronunciadas por el ingeniero municipal en el salón de sesiones, y nos quiso parecer error de visualidad, cuando nos dijo que él había subido más de una vez a lo alto de

la sierra y había mirado a los cuatro puntos cardinales y no hubo de encontrar en ninguno nadie que pudiera aprovechar nuestro sobrante de aguas, por lo que se desprendía que la empresa concesionaria de aguas potables a Cádiz, podía ser la única aprovechadora.

Pero ello nos dijo siempre que laborábamos contra nosotros mismos, por cuanto en la forma que efectuábamos el contrato, nos privaba primero de nuestras aguas puras y nos ponía en camino de que los que nos sucedan abominen de nuestra memoria, por haberles con nuestra torpeza desposeído de un capital que les pertenece.

Los hechos así lo pregonan. Han transcurrido próximamente tres años, desde que se firmara el contrato, y hasta la fecha el complemento del proyecto o sea la traida o conducción de nuestras aguas, no se ve por parte alguna, lapso de tiempo en el cual nuestro inutilizado acueducto habrá ido ganando en demolición, hasta el extremo que ya hoy será imposible utilizarle.

¿Es acaso que con esa apatía administrativa no contaban los Sres. Vasconi y Alvarez Osorio? Torpe de ellos si tal no hubiere sido; pruébalo, el que ellos pretendieran y consiguieran servirnos por su conducción la cantidad de agua estipulada y que no fuéramos nosotros los que le entregáramos nuestro sobrante.

Y es natural, vemos cómo pasado el tiempo del contrato, si satisfacer quiere este pueblo su sed de agua, tendrá que adquirirla de la Compañía, a la que con el sombrero en la mano le pediremos por favor nos la suministre, abonándole desde luego el cánon que imponga, porque nosotros no tenemos medios ningunos de conducción.

Si mirar al porvenir y prever consecuencias nefastas, merecen censuras, caigan sobre nosotros, que siempre nos quedará la satisfacción del deber cumplido.

## “UNION”

(Continuación)

Todos los monarcas resultan ahora, después de esta pequeña revolución en las costumbres, que desean ser y son populares. Los altos cargos de las cortes europeas, si no en total, en gran parte son puestos en las manos de hombres que en la época anterior no hubiesen pasado de lacayos de aquellos orgullosos nobles que entre sí los compartían.

Al desaparecer casi por total el feudalismo, los hombres del Estado llano, pudieron poseer, ahorrar y llegar a ser pequeños propietarios, unos; otros obtuvieron por sus talentos o por sus estudios, lo que es igual, cargos que tenían grande importancia en la administración; los adelantos de la naciente industria y del comercio, les dió medios para enriquecerse y se hicieron ricos, tanto y tan poderosos, que anularon bien pronto a aquellos importantes señores nobles, que unos por su imbecilidad, otros por su viciosa y fastuosa vida, disminuyeron en capital o se arruinaron totalmente.

La influencia fué pues, desde entonces de los poseedores del dinero, sin distinción de casta ni de origen. Los reyes, los gobiernos, los miman y se los atraen; ellos imponen condiciones a su conveniencia en las decisiones del Estado, y nadie se les atreve ni puede atreverseles. Olvidaron bien pronto, demasiado pronto, que ayer eran siervos y pecheros, sin derechos, y sobrecargados de gabelas, y aparentaron desconocer que sus propiedades eran no ha mucho, bienes que la revolución arrebató a la teocracia o a la nobleza, como castigo a la resistencia de sus poseedores contra las leyes igualitarias de la revolución. Si el pueblo obrero leyese lo que debía y necesita, si conociese lo que ignora y debe de aprender, ¿cómo y cuánto habría de reír al ver llevar los estandartes de las procesiones y otros adminículos de las llamadas fiestas religiosas a los hijos de aquellos que fueron ricos comprando

barato, los bienes de las órdenes religiosas y de las propiedades de la Iglesia, que los excomulgó cien veces, a la que hoy sus descendientes se dan prisa a restaurar y enriquecer!

¡Triste condición humana! Una serie de nuevos títulos nobiliarios ha reemplazado a aquellos que se conocían con la historia; y el descendiente del humilde carrero enriquecido, no aspira a menos que sea duque o marqués; y lo consigne con su dinero, ya que no por sus méritos, combatiendo a la infiel morisma o en unas nuevas cruzadas. Lo importante, es tener un mote a estilo de los toreros, y no dejan de ser chistosos algunos de los que se leen en las guías de todas las localidades, sobre todo en las naciones que a imitación del Portugal antiguo, desean aparentar ser el nuevo *Terror del mundo*. ¡Y de consideraciones y cruces! no terminaríamos nunca de hablar.

No hay arrendatario de contribuciones, ni usurera, ni honrado administrador del impuesto de Consumos, ni paternal Alcalde, que con su trabajo honrado, naturalmente, haya agenciado una fortuna de bastante importancia, que no luzca en cualquier procesión, en la más modesta villa, sus medallas y cintajos que jamás pudo ostentar el insigne hijo de aquel popular carretero que supo ganarlas con su esfuerzo, y a quien se conoce bien por su nombre del general Espartero. Honrado y modesto nombre, que por feliz coincidencia designaba un tan demócrata oficio, como demócrata era el popular general.

En este respecto, los que desean ser los modernos aristócratas, han llegado a tales extremos, que los pobres negros africanos no les sobrepujan en su ansia de llevar cintas de colores o colgajos de metal, y como ellos, observado bien, «no demuestran ningún esfuerzo mental», porque en conocimientos, no digamos: para referirnos a tales entes, en ciencias están a la misma altura de aquellos buenos caníbales.

Este tercer Estado debía atender en defensa de sus intereses y de su predominio, a imitación de las clases anteriores ya citadas, ya que con necio orgullo y fatal error trataba de imitarlas; debía de atender, repetimos, a procurarse aquellos fueros que por mandato divino daban poderes al clero y a la nobleza...; pero como la divinidad inerte hoy, poder risible era, para tales empresas, se apresuraron a dar un ligero barniz de democracia a todas sus leyes, desde las constitucionales hasta los más particularísimos

decretos, y como D. Quijote después de la primera prueba de su calada, sin pasar a otra ulterior, la ha dado por suerte e inquebrantable protección.

Si el barniz del devotismo, no podía en forma alguna despertar aquellas creencias religiosas, bárbaras sí, pero fuertes y potentes de la Edad media, y ha dado por resultado la apariencia, la exterioridad religiosa, es decir, la hipocresía; el barniz de la mesocracia no podía dar a su vez como producto, otra cosa que una apariencia de poder, una exterioridad de fortaleza legal. El fuerte poder absoluto desaparece y es reemplazado por el frágil irresponsabilismo. Todo es convencional y sobreentendido. En todas partes, los ministros son responsables, y no responden en algunas, ni aun cuando les preguntan. Las Cámaras son la representación del pueblo en todas las naciones modernas, y existe alguna, que a juzgar por sus representantes, deben dar lecciones a los modernos equilibristas del aeroplano. Tan firmemente asentada está en las inmovibles y sesudas opiniones de aquel pueblo, que en seis meses o menos, se torna de liberal en su totalidad, en conservadora nea, en igualdad de proporción.

Los impuestos con que los nacionales deben atender a las necesidades bien sentidas de los Estados, deben ser naturalmente admitidos voluntariamente por el pueblo que los paga, y si quieren molestarse los lectores, observen la Europa entera contra el militarismo y sus gastos imperialistas abrumadores; mientras los pueblos se contentan con gritar en todas lenguas, que ya los comestibles valen mucho más que lo que los jornales exigüos les permiten comprar. Resultado, el ayuno que antes se hacía generalmente voluntario, y por ser grato a la corte celestial, ahora es obligatorio y grato solo a la corte del planeta.

Si de los impuestos pasásemos a la forma de su exacción, y se estudia sobre quiénes son los ciertamente pecheros, el pueblo resultaría como antes en el antiguo régimen, el ineludible oprimido. Todos pueden o tratan de hacer pagar sus desembolsos para el fisco en sus corresponsales, en su clientela y pueden hacerlo sin que nadie les pueda ni siquiera poner cortapisa, sin la menor molestia; el pueblo puede pedir más soldada, mejor jornal, dicen algunos, libremente, y los enviaríamos a Jerez, o a Bornos, para que solucionasen la reciente felizmente SOLUCIONADA huelga.

Las oligarquías del tercer Estado han enseñado al pueblo que se puede usar

y abusar, conforme al derecho romano ¿Cuándo? Cuando complementando este principio se le ha añadido «la fuerza se antepone al derecho». El pueblo lo ha aprendido bien. No es tan mal discípulo como creen los ilusos. Un pequeño resquicio de temor, quedaba abierto a la anterior mesocracia y lo ha tapado con la abrumadora carga de los modernos ejércitos permanentes, que más que destinados a rechazar extraño enemigo, son la novísima espada de Damocles, sobre la próxima reforma político-social.

¿Podrán imponerse impune y eternamente al pueblo? Desechemos tan pueriles temores. Una sociedad que tiene que anteponer el derecho de la fuerza, es una sociedad decrepita desde su principio, y no puede ni tendrá más viabilidad que las que los combatan quieran permitirle? Acaso los farsantes que se presentarán como defensores de una fé perdida y convencionalmente hipócrita, han de estar dispuestos a defender con su vida, lo que no sienten, lo que sate que no es verdad? No: a lo que estarán dispuestos es a vender su ayuda pueril y bajuna, al que mejor les pague.

Si los titulados aristócratas de cualquier lugar se hicieran mahometanos, veríais cómo se daban prisa los que los imitaban—prestando que Darwin, era un chiflado,—a hacerse creyentes del Profeta, y no solamente creyentes, fanáticos aparentarían ser, como es hoy muy práctico y de buen tono, ser fanático del neo-catolicismo, de las vírgenes milagrosas, como las de Lourdes, de la Salette, etc., y demás aberraciones que honrarían a las tribus del Jalifa marroquí, a quienes pretendemos civilizar, o europeizar como a los periodistas cursis les ha sido grato escribir.

Acaso serán los que falsean los derechos todos y han establecido la actual oligarquía.

(Se continuará).

## Hipocresía y Caridad

### CUENTO

En una noche del mes de Diciembre, fría y lluviosa, un hombre se paró en una de las esquinas de la calle más céntrica de cierta población. Por su aspecto y su traje, demostraba pertenecer a la clase de los desheredados. Grande debía ser su preocupación, cuando sin hacer caso de la lluvia, quedose ensimismado; cualquiera que se hubiera detenido junto a él, se habría hecho cargo de su estado, por la exaltación de las siguientes palabras:

«Es justo que el hombre que no ha hecho más que trabajar, producir y cumplir con

los deberes que le imponen las leyes, se vea en este estado?

—Mi esposa, mis pobres hijos sin probar aimento desde ayer, y yo sin encontrar nada que llevarles. Desde que me quedé parado en el taller, los pocos recursos se han agotado; nuestras pobres ropas están en la casa de empeño y no hay en la mía nada que valga para proporcionarme un poco de pan.

—¿Dónde está la caridad, que en ninguna parte la encuentro?

—¿Será posible que Dios que vela por sus hijos, me deje olvidado?

—Y no lo siento por mí; sino por mis pobres hijos, que víctimas inocentes, sufren las consecuencias de este estado, a que la sociedad actual me ha condenado.

Al llegar a este punto de sus lamentaciones, se fijó nuestro hombre en un caballero que salía de un casino próximo al sitio donde él estaba.

—D. Romualdo—exclamó,—creo que por fin, voy a llevar algo a mi casa. Este señor es tan católico, que si le hablo al alma, no creo que me desatenderá.

Así pensando siguió tras él, y al llegar frente a una plaza que en la misma calle había, se le acercó y le suplicó que le escuchara.

—D. Romualdo—le dijo,—Vd. me conoce y sabe que soy un trabajador honrado y que nunca he vivido más que del producto de mi trabajo; pero estoy sin él y mi esposa y mis hijos no comen desde ayer: no vengo a pedirle una limosna, sino que haga el favor de prestarme alguna cantidad, que con mi trabajo, cuando lo tenga, se la devolveré.

—Mala hora es esta de pedir limosna.

—Señor, le he dicho que no es una limosna lo que le pido, pues soy joven y puedo trabajar, sino un pequeño préstamo para devolvérselo.

—Pues bueno, no le doy nada porque no quiero.

Ante tal descaro, pasó una ola de sangre por la vista de nuestro hombre, y cogiendo a D. Romualdo por el abrigo, le dijo:

—Si tuviera un arma cualquiera, quizás me perdiera para toda mi vida, porque nunca me figuré que un señor que alardea de religioso, que confiesa y comulga con tanta frecuencia, me hubiera contestado con tanta grosería y demostrándome que no tiene corazón.

Algo debió ver D. Romualdo en la cara y el acento con que fueron dichas estas palabras, cuando mirando en todas direcciones, vió venir a lo lejos al sereno, y con fuertes voces, empezó a llamarlo.

Nuestro hombre se dió cuenta del peligro que corría; pues si el guardia nocturno llegaba y D. Romualdo le decía que lo había amenazado y tratado de atacarle, con seguridad le hubiera buscado el pan para un poco de tiempo. Así, que aligerando el paso lo más que pudo, entró en la plaza y por una de las calles que en ella desembocan, fué maquinalmente a parar a un café. En la sala no había más que un solo parroquiano, el cual al verle entrar un tanto azorado y descompuesto lo llamó.

—¿Qué te pasa, hombre, que vienes así?

—Nada.

—No, nada no; tú tienes algo.

—No tengo nada, disgustos de la vida.

—¿Y tan graves son, que no se pueden saber?

Ante la insistencia de su amigo y en el estado de ánimo en que se encontraba, le

contó su situación y lo que le había ocurrido momentos antes con D. Romualdo, y que sin darse cuenta se encontraba en el café, no ciertamente para tomar algo.

—Que no has comido desde ayer y no me has buscado?

Poco es lo que yo tengo: pero ese poco te lo hubiera dado; aguarda, le dijo, y pasando a otra sala contigua, donde se reunían bastantes individuos para jugar al monte, (porque aquella casa era un garito con el nombre de café), a poco volvió con otros dos, a los cuales les dijo:

—Nuestro amigo no ha comido desde ayer, ni sus hijos tampoco; de modo que de lo que se ha ganado, por mi parte toma eso. Y por la nuestra igual, dijeron los otros. Corriendo a casa a llevar algo que coman tu mujer y tus hijos, le dijeron.

Les cogió las manos y con lágrimas de agradecimiento se despidió de ellos.

Poco después entraba en su casa con pan y algunag viandas.

Algunos días después mi amigo me contó este episodio, el cual dió lugar a que yo hiciera consideraciones y comparara el modo de proceder de D. Romualdo, católico, apostólico, que confiesa, comulga y no pierde su misa, con aquellos otros, que por sus vicios y falta de educación moral, cometen algunas acciones que no se ajustan a las leyes del honor, y que me hicieron exclamar:

—¡Señor: cuando esos pobres extraviados llamen a las puertas de tu misericordia ábreselas de par en par, porque tienen la virtud de la Caridad, y en cuanto a D. Romualdo, dále con ellas en las narices y mándalo a freir espárragos!

X. X

## A los marineros del Puerto de Santa María

Compañeros: Comprendo que ha de extrañar al gremio en general, mi nueva y nunca esperada aparición; pero ya llegó la hora para mí tan deseada, de estar a vuestro lado, dispuesto a defenderos, como la leona defiende a sus cachorros, y al mismo tiempo guiaros por el verdadero camino que debemos de marchar. ¿Cuál es? El camino de la unión y la emancipación. Pues bien, compañeros; yo quiero hacer comprender al gremio en general, el fin que a esto nos conduce y el trabajo que nos proponemos hacer en beneficio de todos; es decir, si todos estais dispuestos a ayudarnos; pero no, para dejarnos abandonados después, como lo habeis hecho en otra ocasión, no muy lejana.

Este humilde compañero y servidor vuestro, que al par de ustedes sufre las penalidades de la miseria, os aconseja, que marchemos todos juntos en apretado haz por el verdadero camino de la unión y de la emancipación, y de esa manera podamos defendernos de las garras de esa burguesía sin entrañas, que tanto nos oprime y nos martiriza.

Formemos una Sociedad de resistencia, y al amparo de las leyes, podremos defender el producto íntegro de nuestro trabajo; de este modo será como el triste mendrugo de pan, ganado a costa de tantas fatigas y sinsabores

no podrá nunca robárnoslo de las manos y evitaremos que nuestras familias perezcan de hambre.

—¡Sí, compañeros! Alzad vuestra frente honrada con altivez ante los enemigos que nos rodean, y gritarle con voz vibrante y sonora: ¡No más hipocresía! ¡No más explotación! ¡No más abusos con los humildes parias del mar! Ya sabemos defendernos del tiránico yugo de esa esclavitud en que por tantos años nos habeis tenido sumidos. ¿Cómo hemos de conseguirlo? Con la unión, la unión constituye la fuerza; con la unión se consigue todo; sin ella no se consigue nada: todo se destruye, todo se envejece, el hombre no deja nunca de ser esclavo; sigue sufriendo en el rostro los latigazos mortíferos de la explotación.

—¡Adelante, marineros del Puerto de Santa María!, no temais que un primer paso, se nos haya vuelto atrás, cuando con un nuevo esfuerzo, podemos seguir adelante. No abrigueis miedo; eso es lo que tan cohibido os tiene; esa es la sola causa de no valer tanto como debierais valer. ¿Cómo, pues, siendo los verdaderos héroes del mar, los que luchan con las olas, los que desafían los huracanes cara a cara, los que en los momentos más críticos luchan entre la vida y la muerte, y no os arredra nada del mundo, al venir a tierra y poneros frente al dueño o al patrón, qué es lo que a esos valientes les pasa? Ya se concluyó el heroísmo, ya entró la humillación, ya entró el miedo, miedo ridículo, que no os deja defenderos.

Compañeros: os diré con franqueza; yo nunca he demostrado ni he tenido miedo a nuestros enemigos. Desde há cuatro años hasta hoy, tanto a bordo de los barcos, en la casa del amo o patrón, en la vía pública, en el centro obrero, los he combatido a todos en defensa de mis compañeros, sin temer a nada ni a nadie, ni tener aún que ocultar mi nombre; y siempre estoy dispuesto a descubrir la máscara de la hipocresía, mientras goce de un átomo de vida; gracia a esto, nunca me ha pasado nada; lo único sí, que han llevado a cabo, es la ruin venganza de dejarme en tierra y castigarme por un término de cuatro meses, y por vez segunda han acordado, (ya de tiempo) entre ellos, darme de baja por completo y para siempre.

Esos son los acuerdos y toda las malas cosas que conmigo han llevado a cabo nuestros enemigos.

—¿Por eso he quedado deshonrado? ¡No!, más honrado aun que nunca; no lo han hecho porque soy asesino ni ladrón; ni por mal hombre, lo hacen solamente, porque he defendido el sudor de mis compañeros en general y el mio en particular. Siempre me vereis luchando por la razón, y el día que no tenga embarque en las parejas del Puerto de Santa María, buscaré un refugio seguro. ¿A dónde?, entre los compañeros de Sanlúcar de Barrameda; porque todos los compañeros de ésta están corrompidos por el vicio y la maldad y desprecian al que con mucha razón los viene defendiendo.

Compañeros; voy a terminar pronto, para que mis palabras no os sean tan pesadas, ni me tacheis de cansado; permitirme una pregunta; espero y deseo que todos en general me contesteis: ¿Estais dispuestos a uniros? ¿Estais conformes con formar de nuevo la Sociedad? Venid todos, que tanto los compañeros que dirigen este Centro, como yo, os recibirán con los brazos abiertos y todos juntos marcharemos unidos hasta poder conseguir con justicia y razón el fin que nos proponemos.

Acordaos compañeros, de las penas fatigas que pasais por esos mares. Acordaos también que teneis padres ancianos, hermanos, esposas e hijos; que teneis el deber sagrado de velar por ellos defenderlos de las torturas del hambre, y hacer que caigan hechas pedazos a vuestros piés las cadenas con que tantos niños han tenido sujetos nuestros tiranos.

Si así no lo haceis, os mirará con desprecio toda la humanidad, y yo, desde la tribuna de este Centro, os señalaré con el dedo, diciendo al mismo tiempo: «Sois unos malos compañeros, unos malos hermanos, malos esposos, malos padres que no quereis a vuestros hijos; sois unos seres desgraciados, que no quereis más que seguir corrompidos por el camino del vicio, y a sí mismos no os quereis, ¿cómo vais a querer a vuestros semejantes?»

Y por último, los más miserables y ruines de los hombres; porque por cobardes vendeis la honra de vuestras esposas al infame que os explota solo por dos pesetas y un triste vaso de vino; y por vuestro proceder el mundo entero os desprecia, os escupirá al rostro, llamándolos traidores.

¡Compañeros: a la unión!; que nosotros, aunque poco valemos, os prometemos (si nos ayudais), defenderos de todos nuestros enemigos, cuéstenos lo que nos cueste, y el día ha de llegar en que todos a una voz gritemos:

¡Viva la unión!  
¡Viva el gremio de marineros!

A.

## Vulgaridades

Con motivo de una denuncia que formuláramos en nuestro número anterior se nos ha dicho que las hermanas farmacéuticas se habían negado al despacho de la medicina a determinada hora, por carecer la receta del aditamento de «urgente».

Esto que no nos quiso parecer lógico, hubimos de procurar comprobarlo para en tal caso prevenir a nuestros compañeros y a todos los que tienen que utilizar la beneficencia Municipal, y para ello nos entrevistamos con un profesor médico de esa misma beneficencia, quien nos manifestó que a él no se le había ordenado nada con relación a urgencia en determinadas horas, extrañándole muy mucho en nosotros la pregunta, por creer que se sobreentiende que cuando un médico receta y máxime a deshora, la receta por el mero hecho de serla, lleva en sí aparejada el carácter de urgente.

Así también nosotros lo habíamos entendido y seguimos entendiendo; pero queríamos cerciorarnos de la veracidad de lo dicho, al objeto de haber rectificado galantemente.

Pero ¡ay!, que queda de pie nuestra denuncia demostrando por lo menos que fué un caso inconsciente de imprudencia temeraria, imprudencia que no volverá a repetirse, por entender que si el establecimiento ha de cumplir los fines para que fuera creado y no podamos tener ya más armas contra él, habrá de montarse servicio permanente.

¿No es así, Sr. Alcalde?

Nosotros como amigos del progreso no podemos ser enemigos de la velocidad de éste; pero la verdad que cuando marcha en automóvil me da miedo.

Por ello quisiéramos recibir un favor del Sr. Alcalde, favor que no dudamos nos otorgará, por entender que en este caso pensará como nosotros.

Esto es, que el progreso y por las carreteras podrá marchar con la velocidad que se le antoje si es que va en automóvil; pero por las calles de las ciudades debe también ser sometido a las leyes escritas aunque estas sean anticuadas.

Y como gobernar es prever, ya habrá previsto el Sr.; Alcalde que los autos deben de moderar la velocidad aun cuando el auto pudiera estar bendecido por su Santidad.

Y apropósito de S. S., el que más corre es el que dirige la mayor parte de las veces el pariente de un señor que ostenta título pontificio.

Y claro está, que ni su señoría ni nosotros debemos de permitir que ocurra un caso de conciencia ¿Cuántos remordimientos no sentirían los propietarios del auto de referencia si desgraciadamente atropella a un cristiano y le mandan al otro mundo sin confesión?

Y es natural, no debemos de permitirlo, porque a nuestra vez la conciencia nos recordaría....

Y apropósito de progreso.

Hemos oído asegurar que este verano ha de establecerse un servicio de autos para conducir veraneantes desde la playa de la puntilla, y la verdad que esto nos congratularía si esos mismos decires no aseguraran que los ya dichos autos han de ser subvencionados.

Ya comprendemos que ello será en evitación de que puedan repetirse los escándalos de pasados años, a causa de la falta de coches en determinados días.

Por ello nos pareció plausible la idea; pero no podíamos estar conformes con lo de la subvención, porque era lo que decíamos allí; pudiera dar lugar a un conflicto para el señor Alcalde, cuyo conflicto debemos evitarle ya que por él somos subvencionados según también algunos decires.

Y hablamos de conflicto, siempre bajo el consabido se dice, por venirse diciendo que los dueños de coches de alquiler piensan declarar la huelga si los de los autos y subvención se confirmara.

Nosotros creemos no sucederá tal cosa, por la razón siguiente, que no deja de ser de peso.

Si el servicio de coches a la playa se considera no debe ser interrumpido y por ello cree el Ayuntamiento deber subvencionarlo, esa subvención recaerá siempre en los de la localidad y nunca en los de fuera de ella; así lo dice el sentido común, si se tiene en cuenta que los de la localidad son los que vienen contribuyendo todo el año al sostenimiento de las cargas municipales, y es natural que no siendo subvencionado el auto desa-

parecerá todo temor de complicación; pues no nos negarán los ya repetidos dueños de coches de alquiler, que también el del auto tiene derecho a la vida, siempre que la lucha sea el con armas iguales, y bastaría ser cierto que el auto o los autos habían de estar representados por determinada persona para que no fuera cierto lo de la subvención, con seguridad que el primero en oponerse sería el señor Alcalde.

EL DE ANTES

## Municipalías

«A todos y a ningunos, mis advertencias tocan, quien las siente se culpa, el que no que las oiga.»

Cimentado en estos conocidísimos versos, hemos hecho siempre nuestra labor periodística, pues siempre asimismo hemos querido demostrar que la imparcialidad ha sido y es nuestra norma al escribir.

Por ello confesamos imparcialmente que no somos profetas; todo lo contrario; por creer que la pasada sesión municipal, o sea la celebrada el día 15, habría de carecer de interés, dada la orden del día, dejamos de asistir a ella, lo que nos ha producido los naturales resquemores con nosotros mismos.

Pero ¿quién había de sospechar que nada menos que el jefe de una de las dos minorías conservadoras se había de ocupar en sesión municipal de nuestra modesta publicación?

Tal honor nunca sospechamos, por lo que lo agradecemos en todo lo que vale.

Pero eso sí; nosotros no hemos pretendido molestar a nadie; a todos y a ninguno nos hemos dirigido, congratulándonos en verdad de haber tenido razón en todo lo dicho.

Que nuestras aguas han ganado en grados hidrosimétrico, cantidad superior a la que en monedas contantes y sonantes percibe el Municipio de la empresa concesionaria, nadie lo duda, ni aun el mismo Sr. Ruiz López.

¿Que nosotros hayamos creído que en el negocio de las aguas el Sr. Ruiz López tomara parte? Nunca, en nuestros días; pero convendrá con nosotros el Sr. Ruiz López, en que hubo negocio. ¿Que quién o quiénes lo hicieron? la conciencia pública los señala y no vamos nosotros a repetirlo.

¿Que no le guía al Sr. Ruiz López ningún prejuicio de escuela? Muy bien, de ello tomamos nota para contestar en cualquier día a sus enemigos, diciéndoles, se sumen con nosotros en eso de rendir culto a la imparcialidad.

El de Ahora.